

hizo Passanante en Italia, no es el que ofrece más utilidad para el crítico, no; en las letras los que hacen estragos son los grafomanos que apenas lo parecen, los que engañan á los profanos, á los que no tienen costumbre de tratarlos y estudiarlos.

El grafomano á medias, el que pasa por escritor de veras, ése, ése merece más atención, y es para nosotros más interesante. ¿Cuántas son sus clases? ¡Cuenta las estrellas, si puedes!...

Pero, en fin, de muchos de ellos se tratará algún día.



## CARTA A UN SOBRINO

DISUADIÉNDOLE DE TOMAR LA PROFESIÓN DE CRÍTICO

No en tu vida, amado sobrino; déjate aspar primero, si tienes vocación de mártir, ó haz de modo que te veas tostado en parrillas; que así, tarde ó temprano, vendrás á ser célebre, ó por lo menos el mundo tendrá lástima de ti y llegarás á ser abogado de alguna cosa; pero si en lo de ser crítico insistes, ni te lo agradecerá nadie, ni á cuenta de tus pecados irá lo que padezcas, que será más que todo aquello; pues ten entendido que la crítica es género de tormento y martirio de que en el cielo nadie se cuida, y que en la tierra no merece sino maldiciones.

Dices en tu carta malhadada, á la que en seguida contesto por si llego á tiempo de evitar el daño, que

sientes vocación invencible de crítico y que lo has de ser pese á quien pese, y que á mí toca darte consejo y avisos oportunos. El mejor consejo es éste: que Dios te libre de criticar á hombre nacido; y ni en tus propias acciones debes escudriñar mucho, si no quieres caer en aborrecimiento de ti mismo.

Desde que el mundo es mundo no se ha visto ningún crítico emperador ni arzobispo, ni rey ni Roques, ni húbolos poetas, músicos y hasta danzantes, como David, pero críticos no; ni los habrá, ni sería bien que llegara á haberlos.

Ante todo, piensa que vives en España, y que no tienes rentas que te sustenten; y como has de ganar el pan con tu esfuerzo, si te das á criticar, te darás á morir de hambre. Y bueno es que hablemos de esto primero, ya que dices que como carrera miras el arte que prefieres, y que de ella quieres vivir honradamente poniendo los cinco sentidos y muchas horas de trabajo en ganar bien tu sueldo, ó lo que fuere, y en criticar lo que te caiga en las manos con ciencia y conciencia, repleto de lo que conviene haber estudiado para el caso, y decidido á no decir uno por otro de lo que sientes y entiendes ser verdadero y justo.

Bonitas palabras son esas y óptimos propósitos; pero lo mismo digo, y repito, que no sirves para crítico: si con horas de estudio te vienes y trabajos concienzudos sacas á plaza, y por todo ello quieres que te den algo mejor y más suculento que disgustos, desdenes y malas

voluntades, ya puedes empezar á comerte los codos y á rabiarse cuanto quieras.

Ningún crítico vivió en España de su trabajo, por bien que pusiera la pluma y por más que supiese lo que decía. No vivió Larra, que bien pronto se pegó un tiro: no vive Balart, que dejó el oficio, y ahora creo que escribe billetes de Banco, de los que no son falsos, y le va mejor que cuando cobraba dos ó tres duros por escribir maravillas; no vivió de criticar Revilla, aunque alcanzó mejores tiempos, y tuvo que hacerse catedrático, y aun así, Dios y ayuda; como que no falta quien diga que no pudo curar sus males porque no tenía el dinero necesario para comprar los remedios.

Y si mal andaba el oficio cuando esos maestros terciaban en las polémicas literarias, lo que es ahora no anda ni bien ni mal. Ahora la crítica es como el aire, como la luz, cosas muy necesarias, pero que ordinariamente no tienen precio, porque para ver y respirar no necesitamos acudir á nadie ni hacer gran esfuerzo nosotros. La prensa sigue teniendo *sección* literaria, sigue *haciendo* el *juicio crítico* de cuanto Dios crió; pero, amigo, los críticos que de tal faena se encargan abundan como la ruda. Desde el *inspirador* de un periódico hasta el mozo de la Redacción que barre y limpia el polvo, todos los que algo tienen que ver allí sirven para críticos, según se ha descubierto modernamente, y se ha dado caso de mandar una crítica de una comedia á las columnas de un papel de ésos el

director de una Empresa que lo subvencionaba. Otro periódico hubo que se vió en la necesidad de cambiar de criterio artístico, porque á un copropietario que vivía en Lugo, se le antojó venir á Madrid á exigir que no se aplaudiesen los dramas de Echegaray, que donde no, él no soltaría un cuarto en adelante.

Un crítico de veras, amado sobrino, viene á ser un estorbo en un periódico, y el que lo aguanta y paga bien puedes decir que es ave fénix, y mosca blanca, papel serio y conciencizado.

Quiero suponerte metido en una Redacción de un acreditado diario político (porque si no es político, es un absurdo pensar en que tenga lectores). Tú no eres de las opiniones del periódico, entre otros motivos porque no sabes cuáles son, ó porque el periódico ha tenido unas, mañana otras, ora es demasiado frío, ora demasiado caliente; y aunque se le suponga firme y serio en sus ideas políticas, tú no quieres entrar al por tus opiniones, ó no eres político, ó lo eres á tu modo, y allí estás á lo que estás, á ser crítico. Pues buena la has hecho. Serás cuña de la peor madera, si no ser de la misma. Todos aquellos señores que allí escriben te mirarán con desdén. «¡Qué hombre serás tú que no piensas como ellos!» ó si no, les dará por acariciar á orgullo tu abstención, y dirán que te haces hombre superior, el artista fino y delicado que desprecia la vanidad de las vulgaridades políticas; y si á esto añades que los libros que regalan á la Redacción son

para ti, como es natural, y las butacas de los teatros en noche de estreno para ti también, ahí tienes motivo para que te aborrezcan con nueva ira, te envidien con más rencor y te despellejen y juren odio eterno. Según seas tú, y según sean ellos, se atreverán ó no á declararte guerra franca; pero peor si no lo hacen. Pasarán años y años, se disolverá la compañía, cada cual irá por su lado, y en todos tendrás tú alguno que te quiera mal, y te pinche en la sombra, y se acuerde eternamente de las butacas de marras, y del desdén que en ti suponía; y de los desaires que, sin saberlo, le hiciste.

Suele suceder que entre esos redactores políticos hay uno ó varios que pretenden ser literatos, y hasta escriben libros y los publican. Pues ya verás al que tal hizo disimular que es el que más te aborrece, y llegarse á ti sonriendo, y llamándote ilustre y dándote palmaditas en el hombro. Tras esto viene el regalarte su *libraco*, como él dice, «para que le des *un palo*, si lo merece;» pero exigiendo, en nombre del compañerismo, «que de todas suertes honres el libro ocupándote *en él*» (esto de ocuparse *en* ya lo han aprendido todos los periodistas, no así todos los académicos). Es claro, tú no dices palabra del libro, ni se te pasa por las mientes leerlo, porque te consta que el autor es un majadero matriculado y que, sin saberlo, ha hecho juramento de serlo mientras viva, y aun después en el limbo. Cada pocos días te dirá el mentecato: «Fulano, ¿cuándo me da usted ese palo?», y él sonreirá, y tú

también; pero ni tú publicarás el *juicio crítico* del ade-  
feso, ni el autor te lo perdonará en su vida.

Pues cádate que el hijo del administrador, ó del que traduce los folletines (de *Correspondencias* antiguas), escribe comedias en verso y todo, y hace que las representen. Allá vais tú, el autor y su papá á ver el estreno. Siempre han estado conformes el poeta y su padre, y el director del periódico y los redactores, en que la severidad que te distingue es cosa buena y necesaria para salvar el arte. Allí se ha reído á coro cuanto has escrito retratando á un autor enemigo, de un partido contrario, ó del mismo partido, pero amigo de un periódico que hace al vuestro competencia; de modo que tú vas seguro de que no se te exigirá que aplaudas la comedia de la casa si resulta mala. Y es claro que resulta: ¡qué remedio tenfal! ¿Por qué había de hacer buenas comedias el hijo del administrador, que es casi tan bruto como su papá, y acaso tan mal pagador? Volvéis á la Redacción después del fracaso. El chico no está allí, ni su padre tampoco. Esto exige la delicadeza. Pero el director exige otra cosa, exige que defiendas el drama difunto; los redactores políticos dicen lo mismo que el director, que hay que defender el drama. Tú propones un arreglo; no hablar de la obra estrenada. No se admite la transacción, que llama transición el redactor de la política extranjera. «Pero, señores—dices tú—miren ustedes que yo sólo he alabado la *Consuelo*, de Ayala; el *Drama nuevo*, de Tamayo, y

algunos dramas de Echegaray... — Pues nada, hay que animar al chico...» ¡Gracias á Dios que te supongo la suficiente energía para mandarlos á paseo! Te impones, y el periódico no dice palabra del dramita, ó lo que sea. Corriente; pero en adelante no comas otra cosa que huevos cocidos, por temor al veneno, y cíñete coraza y rodéate de cuantas precauciones anda Bismarck vestido y rodeado, y, como el tirano de la historia, no duermas dos noches en el mismo aposento.

El administrador y su hijo fingirán que olvidan el agravio; pero ¡ah! ¡si vieras cómo conspiran en la sombra con el autor del libro de que no hablaste tampoco! Quiero suponer, porque todo te salga lo menos mal posible, que no consiguen asesinarte, gracias á tu coraza y á las pocas agallas de ellos, ni te envenenan ni te secuestran; bueno, así sea. Pero tú querrás cobrar á fin de mes... Ya te deben dos ó tres... es natural que quieras tu dinero. Reconoce que ahora estás en la jurisdicción del administrador, si él ó su hijo estuvieron antes en la tuya. Ya se sabe que allí siempre se queda alguno sin cobrar, y constantemente se creyó que la parte literaria del periódico es menos importante, y que lo que corre prisa, aunque tampoco mucha, es pagar á los que llevan el peso del periódico, que además son correligionarios. Añade á estas razones el natural odio *paterno* del señor administrador, y dime si cobrarás en tu vida. No, no cobrarás. De eso puedes estar seguro; y por bien que yo quiera poner las cosas en el

terreno hipotético, no puedo suponer que llegues á ver un cuarto.

Y dejarás aquel periódico y entrarás en otro, y te sucederá lo mismo. Y llegará día que no encuentres plaza, por lo que ya te he dicho antes, porque ahora escriben la crítica los que se llevan las butacas que regalan los teatros, que ya no son los críticos, sino los redactores en general y sus parientes, y el portero y sus paniaguados, si los tiene, y los parientes y paniaguados de un señor influyente en el partido; y cada cual, sea quien sea el que se presenta con los billetes del periódico en el teatro, publica sus impresiones, haciendo la salvedad de que él no es crítico ni gana, pero que es un espectador honrado que jura decir la verdad en cuanto fuere preguntado, sin que le cojan las generales de la ley. Y llegará día, ya lo verás, en que siendo el encargado accidental de la crítica un asistente ó un aguador, que no saben escribir, acudan á un memorialista crítico que los saque del paso.

Lo mismo que de la crítica de teatros se dice de la de libros. El primero que coge el ejemplar regalado al periódico, escribe el *juicio crítico* y firma *Un lector ó Nadie*, y dice aquello de que «no tiene pretensiones.» Nunca falta quien tiene interés en alabar á un amigo, y menos quien tiene interés en pegar á un enemigo, á un acreedor, por ejemplo. Lo que menos se necesita para estos lances es un crítico de verdad.

Ea, ya estás sin periódico, sobrino amado; ya veo

que te resignas á no vivir de tu crítica dichosa, á no cobrar tus censuras inspiradas en la justicia, etc., etc. Pero con este desengaño no se te curó la manía de decir algo de los libros que lees y te agradan ó te enfadan. Pues estudiaste, y sentiste vocación de crítico, quieres serlo aunque no cobres honorarios, ó cobres poco. Véote á salto de mata, de periódico en periódico, buscando hospitalidad para tus artículos. Quiero suponer que no son tales que aun de balde te los rechacen. Pero en adelante ya no hay para qué hablar de intereses materiales. Veamos lo que, escribiendo de balde, sacas de provecho en gloria, estimación y buenos amigos. No se hable más de dinero, ni de riñas y pequeñeces domésticas. Tu alma tu palma; ya nada tienes que ver con administradores, redactores, porteros y demás enemigos vergonzantes.

Pero quédate por enemigo el resto del universo mundo, á lo menos en todo lo que contiene de malos poetas y prosistas, que ocupan la mayor parte de él.

Mientras seas mozo y campes por tus respetos, tal vez no temas crearte enemistades; pero al freir será el reir. ¿No sabes, desgraciado, que en España se va á la oficina á escribir versos y comedias, y que te expones á encontrar en cualquier negociado en que tengas un expediente al autor de *El Monstruo horrendo*, á quien diste tan descomunal varapalo, y que es el que manda allí y puede arruinarte con una firma? Y tú ya eres padre de familia, y necesitas tu pan para tus hijos;

pues ahora las pagas todas juntas, y tus negocios no medran, y hasta ministro es ya y puede poco menos que ahorcarte el mal literato de quien tú te burlaste un día. Mientras tú criticabas todo lo malo, él, alabando todo lo pésimo, subía, subía, y ahí le tienes en su insula ó en su ministerio, mientras tú no tienes ni una almena, ni un mal periódico que puedas decir que son tuyos. Y así va el mundo.

Pero ya no es expediente ni negocio de estos lo que te importa, sino que, cansado de hablar tú de los demás sin que nadie se acuerde de ti, echas tu cuarto á espadas y escribes un libro (y no digo drama, porque tamaño absurdo no se te ocurrirá si no quieres morir asesinado junto á la concha del apuntador); digo que escribes y publicas un libro. Pues será como echarlo en un pozo. Porque por ahí andan repartidos entre todos los periódicos pudientes aquellos antiguos colegas tuyos y otros tales que se creyeron despreciados por ti, cuando no tenían motivo ostensible para creerlo, pues tú bien disimulabas el desprecio; por ahí andan y bien se acuerdan de todo y dispuestos están á la venganza que juzguen más conveniente. Si no hallan modo de pisotearte y ponerte el libro en solfa, porque no les parece tan malo que lo merezca, lo tratarán con desdén y en pocas palabras, dando á entender que es uno de tantos libracos que el público no debe comprar ni leer siquiera. Y aun lo más corriente será que se callen como...—dígalos Sancho—y tu libro pase de esta

suerte á lo que llaman ellos, con la gran originalidad que los distingue, *el panteón del olvido*.

—Pero ¿y los otros?—preguntarás tú.—¿Cuáles?— Los otros, los autores de quien yo hablé bien y á quien puse sobre mi cabeza.

Perdona, sobrino; pero esos señores no habían hecho contrato oneroso contigo, sino gratuito, y jamás se comprometieron á defenderte en público; si bien dijiste de ellos, porque lo merecían fué; nada te deben y con nada te pagan; y si tú lo piensas despacio, así lo hallarás muy justo. ¿Es la crítica sociedad anónima de aplausos mutuos? No, por cierto. Y el que no escribe crítica, sino otra cosa, ¿ha de meterse á censor ahora porque á ti te convenga? ¿No quitaría, además, este proceder todo su valor á tus alabanzas pasadas? ¿No se daría el público á pensar que las habías tributado por interés y esperando la recompensa de ahora? Ni á ti como crítico ni á ellos como autores os convendría que te defendiesen los que ensalzaste porque lo merecían. Bien pueden tener ellos óptimas intenciones y todo aquel buen corazón que puede acompañar al buen talento (armonía la más divina entre las humanas, las veces que ocurre), y sin embargo, callar y dejarte solo, sin que sea decoroso siquiera pasar por otro extremo.

Además que no es oro todo lo que reluce. ¿Tan contentos piensas que dejaste á todos aquellos de quien dijiste flores? ¿Por ventura dijiste todo el bien que ellos deseaban? ¿No te quedó algo en el tintero? De fijo, so-

brino mío; en opinión de algunos de ellos pudiste alabar más, y sobre todo no poner por delante, ni tal vez á su lado, al que tienen por rival, ni al que consideran de menos mérito. Tal vez tengas, míralo bien, el mayor enemigo entre los que debieran estar agradecidos; aunque será enemigo muy disimulado, pues de sí mismo querrá esconderse para aborrecerte y hacerte daño, por miedo á su conciencia. Amigos de esta ralea son muy dignos de atención y estudio, y acaso en otra ocasión te hable de ellos más largamente.

Un autor ilustre, que debía de saber lo que decía, advirtió que el agradecimiento con que los buenos escritores pagan al crítico que los alaba, es sentimiento frío; y tal creo yo, y estéril, porque es natural que la vanidad vea en los elogios más obra de la justicia y del propio mérito que de la benevolencia ajena; agradecer mucho en tales casos y llegar por el agradecimiento hasta el cariño es para muy pocos, porque los más se inclinan á pensar que cuanto más agradezcan más reconocen al favor y más niegan á los merecimientos propios. Por todo lo cual, sobrino mío, no esperes de la crítica el nacimiento de grandes y útiles amistades, ni amparo serio y constante en tus necesidades de los que favoreciste; espera, en cambio, odio eterno de aquellos á quien insultaste ó alabaste menos que ellos quisieran.

¿Y para qué decirte más? Grandes paráfrasis de lo indicado arriba tenía preparadas, pero basta con eso;

tal vez te impresione más así, en resumen, y te haga meditar y volver atrás el paso.

Si, con todo, te obstinas, sólo podrás acogerte á una razón, que no sé si lo es: la cual dice, en boca del vulgo, que sarna con gusto no pica.—Tu tío, *Pepe*.